

# TRÍPTICO

## En torno a Camarón, Miles Davis y Ravi Shankar



F. Hinojosa

Joaquín Albaicín

### Camarón

La memoria es siempre selectiva, y funciona a fogonazos, y entre los recuerdos que guardo de *Camarón* retorna siempre a mi espejo el del primer día en que hablamos cara a cara. Fue en la Isla de San Fernando, donde hoy, frente a las espumosas aguas, se le ha erigido un monumento verdoso que lo inmortaliza como una suerte de Rey de los Tritones. En otro tiempo, en efecto, el paseante por la orilla le habría tomado por Oannes, el dios-pezu de los caldeos, dictando sus enseñanzas nada más salir del océano a un pueblo ávido de gnosís.

Aquella mañana, cuando bajó de su casa, lo hizo embutido en una cazadora de ante. Sobre un jersey azul, lucía liada al cuello una gruesa bufanda roja a guisa de corbata. Así lo retrató la cámara de Nacho Beca Belmonte, que me acompañaba en funciones de escudero. Tomamos refugio temprano en un bar próximo. Acabábamos de dar cuenta de dos cafés con magdalenas cuando se puso a jugar a la tragaperras. Entonces entró una lotera y José compró dos décimos de la Nacional, uno para él y otro para mí.

Pasaron dos o tres días, giró el bombo y, ya en Madrid, comprobé que la suerte nos había sido

esquiva. No nos había tocado. Pero la verdad es que no nos tocó... de momento. Porque la historia de aquel billete de lotería no terminó ahí. Invisible y silencioso, el bombo siguió girando y, años después, cuando *Camarón* ya había muerto, coincidí en el despacho de Nacho Sáenz de Tejada, en un piso nosecuántos de las oficinas madrileñas de *Universal Music*, con uno de sus mejores amigos, el pintor Javier Fernández de Molina, que le retratara vestido de torero en un lienzo que ahora tiene, creo, Raimundo Amador. A Javier le acompañaba su mujer, Luisa, y estaba allí para lo mismo que yo: entregar su aportación a la *Integral* de Camarón, para la que Ricardo Pachón había recabado nuestra arrimada de hombro. El caso es que, tras despachar con Nacho, nos fuimos los tres –Javier, Luisa y yo– a comer a *Viña P*. Constituyó José, claro, el principal tema de conversación. Que si José por aquí, que si José por allá, hablamos sobre aquel festival taurino en Badajoz, celebrado años atrás, cuando él, José Mercé, *Rançapino*, *Tomatito* y otros inspiraron desde la barrera, con su cante y rasgueo, el mecerse de los capotes y muletas de *Paula*, Curro, Pepe Luis, Curro Caro... Sí, la tarde en que el rey del cante hubo de abandonar la plaza a la carrera, perseguido por un centenar de gitanos que querían su autógrafo, su bendición, sacarlo a hombros,

llevárselo de juerga o todo a la vez. En fin, que ¡parecía ser él quien había toreado! Yo acerté asimismo a evocar aquella fría mañana en que me regaló un décimo, y Javier cómo a él –en otra ocasión– también, y que, encima... tocó.

Fue en ese preciso momento cuanto los caminos, abiertos en el pasado, acertaron a juntarse. Más oportuna imposible, como si su aparición hubiera sido prevista por un guión de líneas invisibles, entró en el restaurante una lotera y se acercó a nuestra mesa a ofrecernos la suerte. Ni corto ni perezoso, Javier le hizo efectivo el importe de dos décimos, uno para él y otro para mí, como reproduciendo inconscientemente aquella situación un día vivida por ambos, aunque por separado, junto a José. Y aquella vez sí cantó la suerte a nuestro favor. Sólo diez mil pesetas, pero con la particularidad de que únicamente por el orden de uno de los números no nos llevamos el gordo. *Camarón*, en fin, tenía muy buen bajío.

### Miles Davis

Miles Davis nunca me invitó a lotería, porque jamás se dio el caso de que coincidiéramos. Durante años, sin embargo, fue uno de los músicos a quienes más escuché, en especial su *Night in Tunisia*, no sé si la versión grabada en aquella jam session con Charlie Parker y su banda, de la que habla en su autobiografía, u otra. Hace años que no dispongo de tocadiscos y, como toda su música la compré en LP, Miles ya no forma parte, por así decirlo, de mi banda sonora cotidiana. La culpa es de las multinacionales, no mía. De todos modos, parece ser que a no mucho tardar, gracias a la inflexible e implacable estrategia empresarial de los nigerianos del *top manta*, las cosas van a volver atrás: regresará el vinilo y podré volver a encontrar sentido a la

posesión de esos discos. Al fin y al cabo, va a ser verdad que Miles tenía razón: los blancos son, en esto, unos meros pardillos.

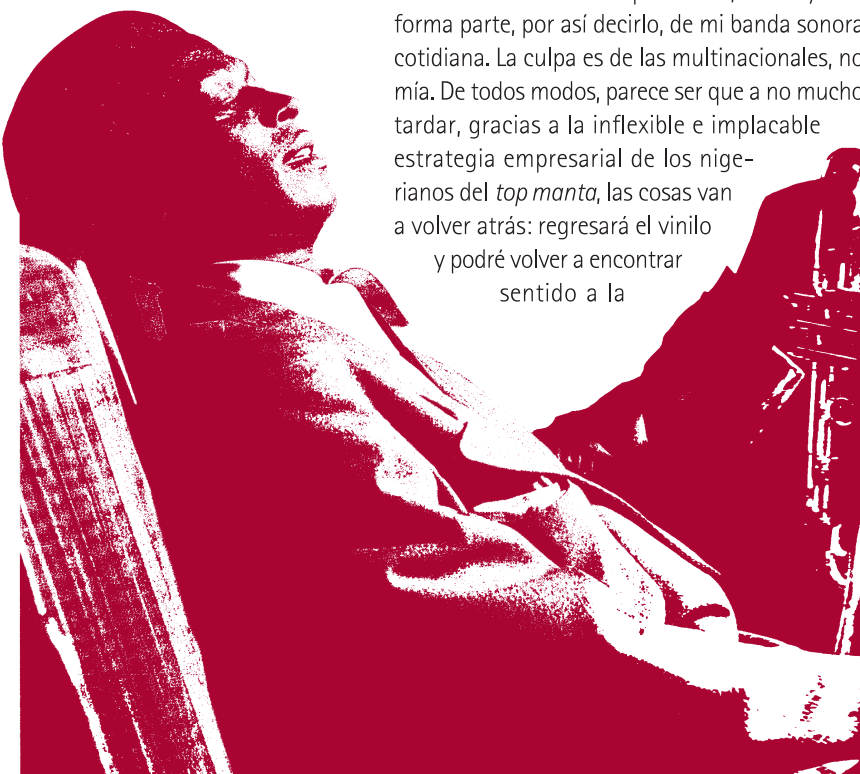
Viene lo antedicho a cuento de que a Miles no lo podía soportar ni la crítica ni la industria, por no cortarse un pelo a la hora de expresar sus argumentos: el jazz era de los negros, y punto. Y en el jazz, frente al negro, el blanco era un acolegado musical. La mayoría de los blancos que escribían sobre jazz no tenían ni zorra y, en caso de que alguno la tuviera, no dejaba de estar escribiendo sobre una tradición musical a la que no pertenecía y de la que siempre terminaba por querer apropiarse... Así lo soltaba Miles en cuanto algún revisero tenía la audacia de interrogarle sobre la cuestión. *Camarón* era hombre parco en palabras, pero las pocas que soltó al respecto del flamenco fueron muy contundentes, y no hace falta subrayar que muy en la línea de las de Miles, y por eso la mayor parte de la crítica y la industria no le podía... Adivinen. ¡Sí! No le podía ni ver. ¡Qué raro!

Pero daba a ganar mucho dinero, y los malquistados no tenían más remedio que tragar.

### Ravi Shankar

Del José alumbrado junto a la desembocadura del Guadalquivir, al Miles ribereño del Mississippi. Y, de Miles, al Ravi arrullado en su cuna por los plácidos rumores del Ganges. ¡Qué gran tríptico fluvial! *Camarón* sería el vínculo, el elemento central, el puente entre el negro y el indio, por cuanto en él confluyen, para tornarse un único cauce, la tradición sagrada (remóntese el cante gitano hasta sus orígenes en los himnos védicos y la música clásica hindú) y el desmadre nocturno propio del universo del jazz de su tiempo.

Escuchar los bordonazos de Ravi Shankar es como leer *El hombre y su devenir según el Vedanta*, de René Guénon. O quizá "escuchar" el ensayo de Guénon sea como "leer" un raga de Ravi Shankar. De cualquier modo, Benarés luce al fondo, pues hay cosas que no pueden brotar de Seattle (aunque no faltará quien pontifique que el jazz se lo "copiaron" los negros a los panaderos blancos, anglosajones y protestantes de Seattle). En su autobiografía, en la de Ravi Shankar, publicada como las de los anteriores por Alba Editorial y titulada *Mi música, mi vida*, leemos: "Mucha gente piensa actualmente que la música india está influyendo considerablemente en la música pop. Pero mi opinión personal es



Miles Davis

que es simplemente el sonido del sitar lo que se oye en las canciones pop, no la esencia de la música india".

Es una afirmación, esta de Ravi Shankar, que podría perfectamente aplicarse al actual estado de cosas, al presente clima reinante en el flamenco, o –para entendernos– de la música clásica hindú trasladada a la Península Ibérica, que no otra cosa es lo que algunos, con todo el tan apabullante como, en el fondo, vacío soporte oficial, pretenden presentar como la música "del pueblo andaluz" o de no sé qué "colectivo". De acuerdo con la propaganda política, aquí, en efecto, ya es "flamenco" cualquiera que se apunte a un cursillo y aprenda una escobilla, o cualquiera que reciba durante un año clases de guitarra. Es algo que los adictos al programa de televisión *Españoles por el mundo* tenemos, diría yo, más claro que nadie. Cualquier señor que se va a vivir a Bruselas, Estambul o Tombuctú, lo primero que hace es abrir una academia de flamenco con el loable fin de difundir y enseñar "nuestra cultura". En este marco televisivo, la palabra "nuestra" se utiliza, a mi modesto entender, en un sentido abusivamente amplio. Porque las letras flamencas hablan de fraguas, de bestias, de caballos, de contrabandistas, de puñaladas, de acosos por parte de la Benemérita, de cierta modalidad de boda, de un Dios que se llama *Undevel*... No puedo negar que reconozco en todas esas letras la carraspera, las idas y venidas, el sino... La vida, en fin, de mi bisabuelo, de mi tatarabuela... Lo que dudo mucho es que los señores en cuestión, sin duda que muy españoles y muy por el mundo, puedan reconocer en ellas las vivencias de alguno de sus ancestros... o de ellos mismos.



Ravi Shankar

Pero bueno, así está el patio. El flamenco es, parece ser, "nuestra" (es decir, "su") cultura.

Así que, ¿quién es "flamenco"? ¿Ravi Shankar, o el George Harrison que tomó seis clases de sitar con él? Pues George. Sí: tal y como andan las cosas y las cabezas, probablemente la autoridad y la gran figura "flamenca" sea George.

"No tengo más remedio", reza el cante, "que agachar la cabecita y decir que lo blanco es negro"...

Joaquín Albaicín  
es escritor

## Bibliografía Guía

▶ Carlos Lencero:  
*Sobre Camarón. La leyenda del cantaor solitario* (Alba Editorial, 2004)

▶ Quincy Troupe:  
*Miles Davis. La autobiografía* (Alba Editorial, 2009)

▶ Ravi Shankar:  
*Mi música, mi vida* (Alba Editorial, 2009)

